

velacion, y el gobierno como divino patriarcado, edad llamada de la inocencia. Segunda: poderosa autoridad externa, engendrada entre los horrores de la guerra, se eleva al despotismo, y exige de la conciencia fé absoluta en sus principios, de la voluntad ciega obediencia á sus mandatos, edad llamada con fundamento del advenimiento del mal á la tierra y de la caída en el pecado del hombre. Tercera: la autoridad es herida por la razon que comienza á poseerse á sí misma, y á declararse causa primera en la vida; los antiguos principios se quebrantan, los dioses históricos se mueren, los altares y los templos se arruinan, la indiferencia hácia los principios generales y las ideas admitidas por el sentido vulgar reina, edad de transicion, en que llega la sociedad á su madurez, el derecho á idea concreta. Cuarta: la razon eleva la ciencia á legisladora, la justicia á soberana: edad del crecimiento en la perfeccion. Quinta: el ideal de la razon se define por completo, el derecho en su plenitud se realiza, la moral es la ley, el arte es el Verbo divino de todos los principios filosóficos, el mal la sombra que huye, la libertad el medio único de cumplir la vida, el bien la finalidad universal de los seres, de las cosas, y el ángel de Dios descendiendo invisible de las alturas con la luz creada en los ojos, con la espada de fuego en las manos, con el amor divino en el pecho, para lanzar de la tierra el pecado y devolverle por completo la pristina inmaculada pureza del-Eden.

La Filosofía de la Historia de Fichte dá por fin á la vida el cumplimiento de los preceptos de la razon; y la Filosofía moral el cumplimiento del bien por desinteresados y puros motivos de conciencia; y la Filosofía política la conformacion del derecho con nuestra personalidad y de la república con el Estado; y la Filosofía estética divino ministerio al arte, que ha de soterrar el mal con su vara mágica, y ha de abrir los cielos de la razon: el sistema entero destroza á nuestras plantas

con valor las pesadas cadenas del límite y promete á nuestras esperanzas, sedientas de lo infinito, un mundo puro, inteligible, del cual es como velo espeso, como tupido telon, ese infinito celeste espacio con todo su rocío luminoso de soles y de mundos.

Pero la mas elevada de las cualidades de Fichte se revela al considerar qué reaccion tan poderosa ejerce su mente sobre la impureza de los hechos. La revolucion francesa estalla, y con la revolucion francesa nuevo espíritu se derrama por la conciencia de la humanidad, nueva sangre por sus venas. Los caracteres apocados solo ven de este hecho capitalísimo los desastres, el verdugo siempre en accion, la guillotina en ejercicio, la guerra por las provincias y las fronteras, los revolucionarios confundidos con los aristócratas en la carreta y bajo la cuchilla, el poder dictatorial en manos de aquella sombría irresponsable asamblea, que se llamaba la Convencion; el crimen de los reyes agravado por el crimen de las muchedumbres. Pero Fichte ve alzarse de los hechos el vapor de las ideas; Fichte ve entre las lavas de la erupcion hoy hirviente el fecundo abono de mañana; Fichte ve tambien bajo la inundacion de sangre la cosecha de nuevos y mas saludables principios; porque Fichte se inspira en algo inmutable y cuasi-divino, en la voz de la razon y de la conciencia. Levantado sobre el escollo de su cátedra, bajo el rayo que hiera, entre las ráfagas del huracan que todo lo trastorna, al rumor del oleage embravecido y al grito de los náufragos ahogándose, opone la persuasion aprendida en su mente de que el mundo no se desquicia y se pierde sino que se renueva y se anima. Su juicio sereno es el juicio de la posteridad. Su idea tranquila sube á los cielos y se baña en la aurora de lo porvenir mientras el comun de los hombres duerme y se arrastra en las tinieblas. El habia profundizado todo el espíritu humano y habia visto como llegaba, por virtud de las nuevas ideas, á tener de su derecho plena

conciencia. Y por esta razon, mientras el curso de los acontecimientos corria con turbia corriente por el espacio, el curso de las ideas corria con corriente serena por su alma, tranquila é iluminada, superior á las debilidades y á los errores del tiempo, como si, roto su matrimonio con el cuerpo, habitára ya las límpidas regiones de la eternidad.

Mientras todos claman á una en Alemania contra la revolucion, Fichte la estudia y la juzga. Para apreciarla plantea dos problemas que se refieren: 1.º A la legitimidad de la revolucion: 2.º Á su prudencia. Los medios empleados por la revolucion habrán sido más ó ménos justos, más ó ménos conducentes á reivindicar el derecho; pero nadie puede poner su legitimidad en duda, porque nadie puede negar con justicia á los pueblos el derecho á cambiar su constitucion política. Si este cambio trae males ¿á quién deben imputarse? Dificil, casi imposible evitar que pueblos habituados á las tinieblas de hondo calabozo no se dividan en partidos irreconciliables, y que divididos así, aun despues de emancipados, no se arrojen mutuamente al rostro, en pelea continua, los rotos fragmentos de las antiguas cadenas. Por su triste educacion, al desposarse con la libertad, le preguntarán qué dote trae, como si lo hubiera más rico y pingüe que la dignidad personal en los individuos y la justicia en la sociedad.

Bajo estas consideraciones revuélvese airado Fichte contra aquellos que solo quieren dirigir el mundo por la fuerza de la tradicion, como el saber humano por el criterio de la experiencia, cual si no hubiera en la razon puras leyes anteriores á todos los tiempos, y principios bajo cuyo poder se desvanece toda autoridad arbitraria ó injusta. Si el hombre no ha de tener más libro que el libro de la historia; si porque ayer cayó en la esclavitud ha de continuar en la esclavitud mañana; y el tiempo ha de hacer justo lo que declara eternamente injusto la conciencia, despojémonos de nuestra naturaleza, pidamos el

suicidio moral capaz de aniquilar hasta el alma, dejémonos de todo trabajo y todo esfuerzo por el bien, digámonos perdurables niños, siempre aprendiendo y jamás creando, desprovistos de toda facultad ó potencia original, y destinados á repetir perpetuamente los siglos que pasaron y perpetuamente á imitar las generaciones que fueron. La escuela histórica, los partidos históricos, para oprimirnos, dicen que solo en la historia se conoce al hombre. Error de los errores. Lo accidental de la vida humana, el fenómeno, el estado, la creencia de un dia ó de un siglo, la institucion fugaz se conoce en la historia; pero lo esencial, lo eterno, la naturaleza humana en sus fundamentos, en su virtualidad, el hombre-tipo, que no cambia, que no se modifica, solo puede conocerse en la ciencia de la razon pura, en la Filosofía, que nos da tambien la ley de nuestro derecho, y los principios fundamentales de toda justicia.

Pero los principios racionales son impracticables, segun los empíricos impenitentes. Y la historia, que invocan, para aquello en que la historia no tiene competencia, el derecho natural, la justicia natural, olvídanla, desconócenla para aquello en que la historia es competente, para demostrar cómo las ideas más abstractas descenden de la conciencia á la realidad, y como la realidad á las ideas se ajusta, cual á su troquel la moneda, y los objetos fundidos á su molde. Lo cierto es que la inmutabilidad de las constituciones sociales, deseada por las escuelas históricas, desmiente y contraría el destino de la humanidad, que es la perfeccion gradual y progresiva.

El género humano, más sometido hasta aquí á la sensibilidad que á la conciencia, habrá podido dar mayor crédito á la fé que al raciocinio, ó mayor precio á la tradicion que al derecho. Sus tutores, comprendiendo esto mismo, y explotando el atraso á que han contribuido, pedirán la continuacion de la tutela, á fin de educarle y darle más conveniente



cultura. Mas ¡ay! que ninguna educacion posee virtud bastante á elevar, á moralizar al hombre, á darle dignidad para sí, autoridad sobre sí mismo, sino aquella que se inspira por su origen ó su naturaleza en la razon libre, y que se dirige por su fin ó por su objeto á la seguridad del derecho; concluyendo por decir á los tutores del género humano aquello mismo que el filósofo decia al conquistador griego cuando le quitaba el sol: señor, apártate, que me quitas la luz de la libertad. Justifíquese como quieran, la tendencia de las monarquías, es fatal, necesaria á recabar dentro del Estado poder sin límites, el absolutismo; y fuera del Estado imperio sin fronteras, la conquista, la dominacion universal.

La monarquía supone el principio de que los hombres pueden ser propiedad de otro hombre, del monarca. Y el hombre es propiedad de sí mismo. Como si el rey le hubiera dado sus derechos, se atreve unas veces á negárselos, otras veces á restringírselos. Y el rey no ha dado sus derechos al hombre sino la naturaleza. No ya el rey, el Estado mismo, aun el más democrático, aun aquel regido por todos los ciudadanos, puede dar ni quitar el derecho, ingénito á nuestra personalidad. El hombre es primeramente espíritu; y como espíritu, solo tiene un soberano, la razon; solo un juez, la conciencia; solo un código, la moral. Pero el hombre no vive aislado en su personalidad; el hombre vive tambien socialmente. La ley positiva es bajo esta relacion su regulador; pero la ley positiva debe consagrar el derecho natural; los demás hombres deben ser sus jueces, pero en la más perfecta igualdad. Por una série de contratos políticos debe el ciudadano armonizar su soberanía individual con la soberanía de los demás individuos en Estado donde el poder sea expresion de la voluntad general. Más en estos contratos no puede el hombre enagenar derechos inalienables, por ser un contrasentido que pueda la inteligencia no pensar, y la

voluntad no querer; la inteligencia dejar de entender, y dejar la voluntad de tener voluntad. El hombre posee derechos, á ser en la sociedad lo mismo que es en la naturaleza; á ser ante las leyes lo mismo que es ante el Universo, una persona y una persona libre y responsable.

Cuando la filosofía llegó á este punto, pudo y debió descansar como el Dios de la Biblia despues de haber creado el hombre. En el seno del antiguo paria, bajo la piel del esclavo herida por el látigo, en la ignominia de los vasallos que llevan la marca de sus reyes, la corona de sus señores; en la profunda humillacion de los oprimidos; bajo todas las cadenas y todas las mordazas, si late con el alma una conciencia, late con ellas una personalidad libre, hija de las fuerzas divinas de la naturaleza, suprimida, borrada por los errores de la sociedad, pero que al erguirse audáz sobre el potro de sus tormentos, reclama una ley tan real y tan armoniosa como la ley que sostiene con su atraccion los orbes; reclama, por racional, por libre, por responsable, la ley de su derecho.

Justo es decir que no siempre Fichte conservó este concepto sereno de su propio ideal, y esta fidelidad inquebrantable á sus principios. En otras obras escritas más tarde que las consideraciones sobre la revolucion francesa, cayó del extremo individualismo en el extremo socialismo, y dió facultades al Estado que el Estado no podia tener sin mengua de la libertad. Pero estas inconsecuencias, comunes á pensadores que han vivido ante el público, en relacion incesante con el público, no deben extrañarnos á los que sabemos cuánto empañan los vapores de los hechos, la serenidad de la conciencia. Pero no puede juzgarse la vida del hombre por el desfallecimiento momentáneo, ni la obra del filósofo por la desviacion excepcional. En todo el conjunto queda siempre un resultado, que es como el substratum químico, lo esencial del sistema. Y el sistema de Fichte puede definirse llamán-

dole con claridad y exactitud reivindicacion vigorosísima de la libertad y de los derechos fundamentales del hombre. Si alguna duda pudiera quedar, desvaneceríala su campaña

contra la escuela histórica, contra esa escuela que tanta levadura reaccionaria ha mezclado en el ser y en la vida de la docta Alemania.